

Red Privada

Por Manuel Buendía

- El Suicidio de "Tati"
- Epitafio Precipitado

El suicidio de Beatriz Allende no debiera precipitar una crisis moral y política entre los dirigentes del exilio y la resistencia chilena. De ellos depende convertir este acto terrible en una deserción frente al enemigo, o en el último y victorioso desafío que una valerosa mujer, hija del presidente mártir, lanzó al rostro ensangrentado de Pinochet y sus protectores norteamericanos.

Las primeras informaciones, incluido el comunicado oficial del gobierno cubano, son muy desalentadoras en cuanto al significado de la autodestrucción de Beatriz Allende. Por eso es necesario esperar hasta que de fuentes mejores se conozca detalladamente el desarrollo de las circunstancias que rodearon el suicidio, y sobre todo el mensaje póstumo que sin duda la doctora Allende debió haber dejado escrito, para sus familiares, sus amigos, sus correligionarios y, en general, para todos aquéllos que en el mundo entero dan su propia pelea por la libertad.

Una frase en el comunicado —transmitido por las agencias internacionales de noticias— resulta casi aversiva, porque incluye un juicio de valor respecto a las motivaciones de Beatriz Allende. Según esos cables de prensa, el gobierno cubano habría atribuido el suicidio al estado depresivo que le produjo "la errónea convicción de que sus posibilidades personales para la lucha eran cada vez más limitadas".

Resulta indispensable decir que hasta en tanto no se conozcan las notas que de puño y letra debió haber dejado "Tati", lo menos que podría hacerse es guardar respetuoso silencio, es decir, una abstención total de juicios de valor. Lo contrario sólo favorece los designios de quienes aprovecharán ahora esta nueva tragedia —la junta militar, sus publicistas norteamericanos, la prensa fascista de cada país—, para "probar" que el presidente Allende no fue asesinado sino que se suicidó, para "escapar de la justicia".

Para los seres racionales, poco importa en fin de cuentas, si Allende fue muerto por los verdugos de Pinochet, o

si en un acto de supremo desprecio por éstos, mediante el suicidio les frustró el placer vesánico de que fueran ellos los que le arrancaran la vida o, peor aún, lo pudieran someter a las humillaciones de la mazmorra cuartelaria.

Bajo ciertas circunstancias, el suicidio de un combatiente adquiere la calidad de un alfísimo grito de victoria. Es como una bandera que se tremola en la cumbre más alta, a donde nada más un héroe, solitario y magnífico, puede llegar.

Devaluar tan tristemente el suicidio de la doctora Allende, presentándolo casi como otra consecuencia de "un mal de familia", parece en lo político una estupidez, y en lo humano, una inexcusable falta de respeto a la gran luchadora.

Por supuesto, todos aquellos chilenos y argentinos y uruguayos; todos los perseguidos latinoamericanos que van por ahí con el recuerdo de sus padres, hijos, hermanos y compañeros asesinados, traen algo hecho pedazos dentro de sí mismos. Esos ojos que ya se han quedado sin lágrimas, es lo más patético que he contemplado en mi vida de periodista.

¡Pero cuánto temple en cada uno de esos hombres y mujeres de la resistencia contra el fascismo! Son hombres y mujeres —algunos casi ancianos, otros muy jóvenes—, que ya trascendieron la desesperación, y adquirieron un sentido tan heroico como racional de la lucha. Si alguno de ellos opta por el suicidio, será como una acción de guerra, no como fruto manido de una depresión congénita, ni menos por una "errónea convicción" de inutilidad.

Nadie tiene autorización de ninguna clase para poner epitafios precipitados sobre la tumba de Beatriz Allende.